

EL SIGUIENTE EN EL PARAÍSO

MAREK HŁASKO

TRADUCCIÓN DEL POLACO Y NOTAS
DE FERNANDO OTERO MACÍAS



TÍTULO ORIGINAL: *Następny do raju*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.
Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

© Agnieszka Czyzewska, Malgorzata Wolf.
© de la traducción, Fernando Otero Macías, 2025
© de la presente edición, Automática Editorial S.L., 2025
© de la ilustración de cubierta, Fede Yankelevich, 2025

Derechos exclusivos de traducción en lengua española: Automática Editorial S.L.

La publicación de esta obra ha contado con la ayuda del Programa de Traducción Polaco ©POLAND Translation Programme.



ISBN: 978-84-10141-19-3
DEPÓSITO LEGAL: M-17971-2025

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección y revisión: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: septiembre de 2025

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

EL SIGUIENTE EN EL PARAÍSO

MAREK HŁASKO

TRADUCCIÓN DEL POLACO Y NOTAS
DE FERNANDO OTERO MACÍAS



ÍNDICE

DONDE EL DIABLO DA LAS BUENAS NOCHES – 7
LOS MUERTOS – 13
LOS CAMINOS – 27
EL BARRACÓN – 37
ÉL Y ELLA – 53
EL REVÓLVER – 59
LA CIUDAD ESTÁ LEJOS – 75
UN FAROL INCREÍBLE – 101
LOS ASESINOS ESTÁN ENTRE NOSOTROS – 117
TODO EN LA CIUDAD – 139
LOS HÉROES Y LAS MUCHACHAS – 155
APOSTOŁ Y JUDAS – 179
LAS CASAS DE LOS DIOSES – 205
LOS REPULSIVOS Y LOS ADORABLES – 221
EL SIGUIENTE EN EL PARAÍSO – 249
NI PRÓLOGO NI EPÍLOGO – 265

DONDE EL DIABLO DA LAS BUENAS NOCHES

Llevaba cuatro días nevando copiosamente. La visibilidad era casi nula y todas las huellas se cubrían de inmediato: las pisadas, los rastros, las marcas de los neumáticos, todo desaparecía al instante, barrido por el enorme zarpazo blanco. Los hombres que marchaban en fila india por el collado oriental de Wężowy Jar,¹ tropezando y chocando entre sí, llevaban ya muchas horas forzando la vista en vano, tratando de descubrir alguna cosa en el fondo del valle. Estaban exhaustos y muertos de frío; grandes bloques de nieve se les pegaban a las botas y a cada paso tenían la sensación de arrastrar toneladas de peso; sus maldiciones sonaban tan débiles que al cabo de un rato optaron por callarse: no les reportaba la menor satisfacción. Siguieron avanzando en silencio, tambaleándose por el cansancio y por la fuerza del viento. Oscurecía cuando hicieron un alto.

—Mal asunto —dijo Warszawiak.² Se quitó la gorra y la sacudió unos momentos en la rodilla. Así, con la cabeza descubierta, parecía bastante más joven. Tenía cara de pillo, la boca grande y el pelo largo, recortado en línea recta sobre el

1 El barranco de las Serpientes.

2 Varsoviano.

cogote, lo mantenía intacto de verdadero milagro. Volvió a ponerse la gorra y se la echó hacia atrás de un papirotazo—. Mal asunto —insistió. Se sentó en un tronco y estiró todo lo que pudo las piernas—. Hoy no damos con él. Dentro de una hora ya es de noche. Con este tiempo lo único que vamos a conseguir es rompernos la crisma, no encontrar un camión.

Sacó un paquete de cigarrillos y ofreció a los otros dos, pero se habían mojado y no atinaban a encenderlos. Por unos momentos estuvieron chupando tabaco húmedo, echando pestes y malgastando cerillas; después arrojaron los cigarrillos a la nieve: desaparecieron casi de inmediato.

—Esto no conduce a nada —dijo Warszawiak.

—Si no lo encontramos hoy —repuso Orsaczek—, mañana no van a quedar de él más que los huesos. Los lobos lo despedazarán por la noche.

—Así se lo mandamos a la viuda en una lata de conservas —dijo Dziewiątka.³ Torció el gesto; la mueca le dio a su rostro sombrío una expresión taimada—. Va a tener que meterlo en el ataúd con la bomba de la bici. Ese que se estrelló hace un par de semanas en el desfiladero parecía después un enanito. Seguro que hasta había perdido peso.

—Volvamos a casa —dijo Warszawiak. Se levantó con ímpetu—. Al diablo con todo esto. He venido aquí a transportar madera, no a hacer de sepulturero. Ya he enterrado dos cadáveres, igual el tercero me trae mala suerte.

—¿Y si resulta que el tercero eres tú? En ese caso, se acababan tus preocupaciones.

—Mirad ahí abajo —intervino de pronto Orsaczek—. ¿No será eso, por un casual?

Los tres se asomaron al borde del barranco. Varias decenas de metros más abajo, en medio de un montón de leña seca,

3 Nueve.

se veían los restos de un vehículo. El viento barría el valle y por un momento dejó libre de nieve el montón de chatarra. Vieron el chasis doblado, los diferenciales machacados y, un poco más adelante, unas ruedas que se habían salido de los ejes. Entonces el viento alzó el vuelo como un pájaro y todo desapareció bajo la nieve en un santiamén. Se quedaron paralizados; Dziewiątka sonrió sarcásticamente.

—Ese ya no lo cuenta —dijo Warszawiak.

—¿Tú crees?

—¿Tan difícil es de adivinar?

—¡Cómo eres, Warszawiak!

—¿Ah, sí?

—¿Qué te gustaría decir en un momento como ese?

—¿Cuándo?

—Cuando vayas volando por los aires.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Warszawiak lo miró un instante.

—Podéis besarme el culo todos —dijo.

Dziewiątka rió con sequedad.

—Piensa otra cosa —dijo. Le dio unas palmaditas a Warszawiak en la mejilla—. Mejor piensa otra cosa.

—¿Por?

—No vas a conseguirlo, hijo. Para eso, hay que ir a todo galope, como cuando uno se estrena con una fulana. Una vez, dos veces, y listo.

—Vete al diablo —dijo Warszawiak. Abrió mucho las piernas y miró con el ceño fruncido a Dziewiątka—. Vete al diablo.

—Aquí el diablo está por todas partes —dijo Orsaczek—. Este trabajito se puede ir al infierno. El mes pasado hubo tres accidentes; este, no estamos todavía a mediados y ya van dos.

Un fiambre a la semana. Si no fuera porque hoy mismo llegan esos camiones nuevos, lo mandaría todo a la mierda... —De repente se puso nervioso y se volvió hacia sus compañeros—. ¿Lo recogemos o no?

—Ve corriendo con Warszawiak a por el camión —dijo Dziwiątka. Bostezó; le brillaron los dientes blancos—. Yo me quedo aquí y le voy calentando el cárter a Orsaczek. Habrá que subirlo con el cabrestante de Warszawiak. No me apetece ir dando tumbos por ahí. Moveos, chicos. Si no, vamos a estar liados con esta mierda hasta que amanezca.

Volvió a bostezar.

—Tienes sueño, ¿verdad? —preguntó Orsaczek, en tono mordaz—. Ayer empinaste el codo a base de bien. Seguro que hoy haces lo mismo. Buenas noches.

—¿Buenas noches? —repitió Dziwiątka, como con estupor—. ¿Buenas noches? —Se echó a reír repentinamente y dibujó un amplio círculo con la mano—. Estas montañas, estos precipicios, todo esto... Aquí no puede uno ni dormir tranquilo. Todas las noches sueño que voy a tumba abierta. Sueño con mi chasis hecho añicos y con vuestras estúpidas jetas encima de mí. Cuando me despierto temprano, estoy bañado en sudor como un ratón colorado. Y no hago más que darle vueltas: ¿cuándo acabaré pegándomela? ¿Cómo me la pegaré? ¿Qué pinta tendré después? —Enrabiado, dio una patada a una piedra helada y aulló de dolor; el pie le había rebotado como un martillo que golpea contra un raíl—. Antes no dormía así —dijo—. Dormía como una piedra, como un oso. Podías disparar justo encima de mi cabeza o tirarte a una virgen atada con un cable en mi propia cama. Aquí tengo unos sueños terroríficos. Aquí el diablo es el único que puede dormir tranquilo. El único. —Se sacudió la nieve del pelo moreno e hirsuto y con un gesto histriónico se inclinó sobre el

abismo—. Buenas noches —dijo—. Buenas noches, su puta madre. Buenas noches, diablo.

—Era el mejor camión —dijo Orsaczek. Se inclinó un poco más sobre los restos que yacían en el fondo—. El mejor camión.

Se alejaron. Dziewiątka se bajó los pantalones y expuso el trasero impávido al viento helado.

LOS MUERTOS

Al camión, que habían dejado hacía una hora en la carretera, se le estaban difuminando los rasgos, como si fuera el rostro abotargado de alguien que lleva una semana con dolor de muelas. En la capota extendida sobre la cabina, la capa de nieve había formado un grueso vellón; al subirse, Warszawiak dio un puñetazo en la lona y la nieve se esparció. El aceite del cárter estaba demasiado espeso y Warszawiak accionaba en vano el estárter; el motor se resistía a ponerse en marcha y la bobina de arranque aullaba con desesperación. Warszawiak pisó un momento el acelerador, después maldijo con furia y le arrojó la manivela a Orsaczek.

—Dale vueltas —masculló. Apoyó la espalda en el asiento y volvió a presionar el pedal con el pie. El parabrisas estaba cubierto de nieve y no podía verle la cara a Orsaczek, que se afanaba con el motor; a través de la nieve y el viento, apenas le llegaban sus maldiciones.

—El embrague —rugió Orsaczek—. ¡Pisa a fondo el embrague!

—¿Crees que no lo sé? Cretino...

Al fin, el motor arrancó. Carraspeando y gimiendo, poco a poco fueron aumentando las revoluciones. Orsaczek tiró la

manivela a los pies de Warszawiak y se sentó a su lado. Se enjugó con la manga la frente empapada.

—Abate el parabrisas —dijo Warszawiak—. Está cubierto de nieve.

—¿No podrías rociarlo con alcohol de quemar?

—Dziewiątka y ese otro se lo han bebido. Han manipulado a propósito una máscara antigás; pasan el alcohol por el filtro y le añaden zumo. Abátelo, te digo. Si nos rompemos la crisma, que por lo menos sepamos contra qué.

Accionó despacio la palanca de cambios. Se le resistió y, solo con el camión ya en movimiento, con mucho cuidado, levantando milímetro a milímetro el pedal del embrague para no quemar el disco, consiguió a duras penas meter segunda. Pisó a fondo el acelerador; ahora el motor trabajaba a pleno rendimiento y todos los engranajes de los diferenciales, de la caja de cambios y del duplicador aullaban de un modo infernal. Cuando pisó de nuevo el embrague, el estruendo cesó; el camión avanzaba ahora deprisa, sofocando el silencio de las montañas con su poderosa voz de bajo.

—El día menos pensado se cae a pedazos —dijo Orsaczek.

—¿Y eso?

—Me encanta oír su voz —dijo Orsaczek—. Los he conducido de muchas clases, pero ningún otro camión suena como el Dzems.⁴ Es como si llevara un oso en el motor. Dime una cosa, Warszawiak.

—¿Qué?

—¿Cómo se llaman esos camiones nuevos?

—Todavía no han llegado.

4 Transcripción polaca del nombre «James»; se trata del camión GMC CCKW, fabricado por la compañía estadounidense General Motors para uso militar, conocido popularmente como «Jimmy».

—Hoy llegan. Tendrían que estar antes de que anochezca. Bueno, ¿cómo?

—Latil.

—Latil... —repitió Orsaczek. Sonrió—. ¿Tú qué crees? ¿Andarán bien?

—A saber. Todavía no los he visto.

—Seguro que son rojos.

—Rojos, azules, verdes: ¿qué más da?

—Me gustan los camiones bonitos —dijo Orsaczek con un reproche oculto en la voz. Suspiró—. Mi Dżems parece una fulana de vacaciones —dijo—. Lo remiendo como puedo, pero me da vergüenza conducirlo.

Se calló. Se puso cómodo y observó con los párpados entornados la carretera que iba quedando atrás. Cuando llegaron a un terreno más bajo, ya no veía nada; todo era blancura: el cielo, las montañas, los bosques y la tierra. Y solo cuando empezaron a subir pudieron ver las copas azuladas de los árboles, libres de nieve; se balanceaban, llenas de ruido y de viento. El viento era un obstáculo: saltaba de improviso, les metía la nieve en los ojos y les helaba los dedos hasta tal punto que se quedaban paralizados como dos postes, sin sensibilidad ni precisión; el único capaz de conducir era Warszawiak, sujetando el volante con la rodilla izquierda. Si uno lo miraba de reojo, se le ponía la carne de gallina. La aguja del velocímetro temblaba justo delante del cincuenta. Orsaczek levantó los párpados.

—Cincuenta millas —dijo—. Pasa de ochenta kilómetros. Exactamente, ochenta y cuatro. Tendrás una muerte fácil, Warszawiak. Conduces deprisa.

—Si no fuera por eso, no estaría aquí.

—¿Por qué?

—Me cargué un autobús con pasajeros dentro —explicó Warszawiak, sonriendo—. Fue digno de verse, te lo aseguro. Pisé a fondo el freno, me dio tiempo a saltar, pero el habitáculo y los pasajeros quedaron hechos papilla; cuando los metieron en los ataúdes, parecían lubricante. Después no querían admitirme en ningún sitio. Estuve un tiempo trabajando para un taxista particular. Una vez cogí a una fulana y me fui con ella al campo. La noche, el bosque, la luna y un guardia de tráfico. Corrí todo lo que pude, pero en una curva se me reventó un neumático. Nos estampamos; a mí no me pasó nada, pero los cuerpos estaban tan entremezclados que ni los mismos médicos pudieron distinguir dónde acababa la chica, dónde el coche y dónde el guardia. El jefe me denunció y tuve que venirme para acá, huyendo... —Suspiró; tomó la curva a toda velocidad, con audacia, y después añadió—: Todo por esas malditas prisas al volante. En cuanto tengo a mano un camión y una carretera, no puedo contenerme. Me digo: te has vuelto un piojo. Vives como una ladilla, te mueves como una ladilla, robas como una ladilla, quieres a las ladillas como otra ladilla. Al volante, por lo menos, me siento un hombre... —Le dio una palmada en el hombro a Orsaczek—. Me he ido cargando una tartana tras otra —confesó alegremente.

—¿No lo sientes por los camiones?

Se encogió de hombros.

—Y por mí, ¿quién lo siente? ¿Qué ha sido de mi vida? ¿Qué ha sido de mis años de juventud? Aquí me tienes, lejos de Varsovia, de la gente, de la ciudad. La única fulana que se lava el trasero una vez al mes vive por lo menos a cincuenta kilómetros de aquí y está liada con todos los ferroviarios de la provincia. En estos parajes no hay más que madera, carreteras y lobos.

—Con todo, qué pena de camión —murmuró Orsaczek—. Un camión es algo bonito. Qué pena, te digo.

—Lo que es una pena es la vida.

Se acercaban a una curva; dejaron atrás la primera señal. Warszawiak no levantaba el pie del acelerador. Miraba al frente con unos ojos fríos que jamás reflejaban ni miedo ni rabia. No aminoró la velocidad ni cuando empezaron a desfilar a toda prisa los hitos blancos de piedra. Orsaczek se agarró con las dos manos al asiento y clavó los pies en el salpicadero. Solo duró un segundo; cuando el camión estaba ya en mitad de la curva, Warszawiak levantó ligeramente el pie del acelerador, para después pisarlo bruscamente. Enfilaron de nuevo el camino lanzados, entre el aullido de los diferenciales, pero era como si marcharan sobre raíles: el vehículo no se había desviado ni un milímetro. Después el volante se enderezó y otra vez volaban en línea recta. Orsaczek farfulló:

—¡Cielo santo!

Habían descendido. La nevada era tan espesa que Warszawiak no tuvo más remedio que aflojar. Sacó la cabeza de la cabina y vio a Dziewiątka, parado en medio de la carretera. Puso punto muerto y frenó justo delante de él. Se apearon; Warszawiak se encaramó al tráiler y arrojó al suelo una maraña de cuerdas y cadenas y una caja enorme. Dziewiątka le dio una patada y preguntó:

—¿Has traído la horquilla?

—Se me ha olvidado, ¡maldita sea!

Dziewiątka apoyó un pie en la caja y se miró un momento la punta de la bota. Después aseguró:

—No pienso cargar ese fiambre con las manos desnudas.

—¿No?

—No.